

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XI.

DIRECTOR PROPIETARIO:

Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio 53.

COLABORADORES:

Todos los suscritores.

NÚM. 488.

MURCIA 27 DE AGOSTO DE 1899.

La Juventud Literaria

CHACHARA BUBÓNICA

QUINTILLAS EPIDÉMICAS

*Ave pestis, morituri
te salutant.*

La peste en Oporto anida,
y se teme que, extendida
en plazo próximo y corto,
nos arrebathe la vida.
¡Vaya un traguito de Oporto!

Para evitar la infección
nos fumigarán, presumo.
Quizás en esta ocasión
se atufe nuestra nación
cuando la envuelvan en humo.

Las altas disposiciones
aplaude la multitud
que silbó en mil ocasiones.
¡Oh, poderosa virtud
del temor a los bubones!

Ha venido de Bombay
la horrible peste bubónica,
y con sencillez lacónica,
Dato destituye a Ecay.
Ese es un dato ¡caray!

Fueron Jimeno y Pulido
la inspección a organizar,
y los dos han decidido
que bajo ningún sentido
d'etas habrán de cobrar.

Renunciando a esas posetas,
con facilidad se advierte
que al meditar en su suerte
no quieren aceptar dietas
para estar así más fuertes.

Hay gente que de sensata
tiene fama general,
y, si de la peste trata
mete enseguida la pata
de un modo fenomenal.

—Mientras tengamos comé
que el interior nos caliente,
la peste no atacará.

—Usted trae la peste ya
—¿Que la traigo... De aguardiente.

—Con severidad austera
que al de Guerra no permitan
el pasar por la frontera.

—Pero, hombre ¿porqué se excitan
ustedes de esa manera?

—No queremos que circule
ese mal, ni se haga crónico
porque al ministro se adule.
Si viene de la Burbule
vendrá, sin duda, Burbónico.

Dice algún reaccionario,
promoviendo enorme cisco,
que cambiar es necesario,
por el cordón sanitario,
el cordón de San Francisco.

Los casos ¿cuál contarán
los portugueses? ¡Dios mío!
De fijo que nos dirán
que a los de Oporto les dan
mil contos d'escalofrío.

De milagro aquí se vive.
de la razón en oprobio
a Mendoza se prescribe
cultivar pronto el microbio.
¡Pardiez, que no lo cultive!

O Comercio, descarado,
afirma tranquilamente
que un sastre que ha reventado
en Oporto, no ha expirado
de la epidemia corriente.

Solo de un cólico fué,
pues el difunto, sin seso,
de manzanas con exceso
se atracó... Manzanas ¿eh?
¡Qué colega más... camuesol!

En fin, no hay por qué asustarse
ni la situación es crítica.
¿Quién va en España a apastarse
después de tanto aguantarse
la peste de la política?

Por mi parte no me altero
en peligros como este.
Más miedo tengo al casero.
Ese sí que es una peste
que teme

PACO TILLERO.



PEQUEÑECES DE LA VIDA

Con frecuencia se ha clamado contra el
uso del corsé, y no sin motivo. Un corsé
mal hecho,—y los corsés en general, suelen
serlo,— trae consigo, por sucesivas defor-
maciones de los órganos esenciales, afeccio-
nes graves, como enfermedades del estóma-

go, del corazón, de los riñones, vías respi-
ratorias y también anemia, etc. Enferma
hay que no tiene más que dejar el corsé
durante algunas semanas para verse libre
de sus dolencias. Mucho menos que esa
prenda mujeril preocupan los vestidos de
hombre, lo cual es un error, sobre todo por
lo que al adolescente atañe; pues un vestido
mal hecho ejerce su influencia en la salud.
Si aprista en demasía las espaldas y el pecho,
impide que los movimientos respiratorios to-
men toda su amplitud: la ventilación pulmo-
naria es, en tal caso, incompleta, y, por pe-
ca predisposición que haya en el individuo,
un vestido estrecho en demasía, conduce,
sin que nadie llegue a sospecharlo, a la tu-
berculosis.

Ved ese infeliz metido en estrecheces de
ropa; su gabán le molesta por las sisas, le
aprieta los hombros; no puede hacer un mo-
vimiento normal sin experimentar una re-
sistencia que le incomoda y acaba por pro-
ducirle verdadero sufrimiento. ¿Y ese otro
del chaleco que más que prenda de vestir
parece instrumento de tortura? Ved cómo
se echa adelante, sintiendo en el epigastrio
una presión molestísima. Y aquél cuyo pan-
talon no llega donde debiera, por cuyo mo-
tivo no levanta la pierna que no se halle su-
jetado por las rodillas; no llegará a subir la
escalera de su casa sin que las rodillas se le
pengan como una grana al repetido contac-
to de la mal hadada prenda. Por lo que toca
a la cintura, ya es otra cosa; no parece sino
que diga: «De orden del sastre, se prohíbe
comer abundantemente y beber lo que de-
manda la sed.» El estómago se hincha é im-
pele hacia abajo las vísceras. Estas piden
espacio; más el pantalón las estrangula. Es
aquello una encarnizada lucha entre el ves-
tido y los órganos de la digestión. ¿Y la
botina que os da cojera? ¿Y el sombrero que
os comprime el cráneo hasta daros jaqueca?
En verdad nadie se para en esas pequeñeces
de la vida. De pequeñeces se reputan, pero
con frecuencia son cosas muy trascendenta-
les para la salud.

LOS CELOS

Celos, terrible pasión
que con tenaz insistencia
destruyes la inteligencia
y extravías la razón:
¿por qué, di, con tal tesón
quieres de mi apoderarte
y sin piedad ensañarte
en mi pobre corazón?

¿Qué mal te hubes de causar
para que tan sin clemencia
mi ya precaria existencia
pretendas envenenar?

En herirme te desvelas
en vano, porque sé ya
qué medios tu odio usará
para logra lo que anhelas.

Sé que astucias infernales
y continuas has de emplear
para hacerme exagerar
las cosas más naturales;

que con insistencia ruda
y tenaz has de querer
que pueda lugar tener
en mi corazón la duda;

que ansiarás que en el dolor
pase una vida azarosa
mientras tú, pasión odiosa,
matas en ella el amor.

Y pues tus mañas sé ya,
es inútil tu porfía:
¡Déjame, que el alma mía
nunca entrada te daré!

E. DUARDO



TUS OJOS

Azules son como el alba
los ojos que te dió el cielo,
tan azules que parece
que se está mirando en ellos.

Que son tuyos dije antes,
y ahora digo que son nuestros;
tú los llevas en la cara,
y yo en el alma los tengo.

Son míos, no me lo niegues:
y tuyos, no te lo niego,
que si tú con ellos miras
yo sólo por ellos veo.

Que son más míos que tuyos,
confirme razón sostengo
porque quitarme tus ojos
es más que dejarme ciego.

Son de color de esperanza,
y eso no tiene remedio,
miran y dicen espera;
me miraron y yo espero.

¡Qué mintieron!... ¡imposible!
¡Qué me engañan! ¡no la creo!
Las becasaron las que engañan
nunca los ojos mintieron.

A tus miradas asoman,
al verme, tus pensamientos,
que tus ojos con los míos
no quieren tener secretos.

